

Entrevista a

JEAN WYLLYS



Jean Wyllys es un intelectual brasileño. Fue diputado federal del estado de Río de Janeiro. Fue reelegido en 2014 para un segundo mandato y en 2018 para un tercero, pero no pudo concluirlo debido al aumento de la violencia política en Brasil.

Es periodista y escritor. Tiene un doctorado por la Universidad de Barcelona. Actualmente estudia los nexos entre la desinformación y los discursos de odio.

Hernán Borisonik: Jean, muchísimas gracias. Queríamos empezar con una pregunta un poco general de historia política, de tu trayectoria, y consultarte si hubo algún hecho puntual que te haya empujado o ayudado a tomar la decisión de entrar en la arena política

Jean Wyllys: Estoy en la arena política desde muy temprano. Vengo de la izquierda católica, del movimiento que en Brasil se llamaba “teología de la liberación” y el movimiento pastoral de la iglesia católica. Yo era de la pastoral de la juventud estudiantil y de la pastoral de la juventud del medio popular. Tras un período en esta militancia típica de la izquierda católica, empecé a hacer cuestionamientos sobre la identidad sexual y sobre el hecho de que la iglesia era homófoba. Tenía muchos homosexuales, pero proseguía con un discurso muy homófobo, y esta fue una ruptura con este tipo de militancia para ingresar en el movimiento LGBTI, que en la época se llamaba solamente “movimiento gay”. Dentro de este movimiento, no teníamos esta reivindicación de las identidades, de emancipación de los homosexuales. Más o menos a los 16 años, empecé como activista LGBTI en un momento muy difícil para nosotros los hombres gays, porque estábamos todos *cayendo como moscas* por causa de la epidemia del



sida y por causa de los asesinatos. Entonces, era necesario hacer algo en aquel momento. Declararse gay, asumirse gay, era un doble estigma, porque no bastaba el estigma en torno a la homosexualidad, también había un estigma de que toda persona gay era necesariamente una persona con VIH, y no era verdad, pero así empezó mi militancia.

Soy periodista, trabajé casi 10 años en un periódico de derecha. El periódico era de derecha, pero yo no. Yo era de izquierda dentro de ese periódico, y allí pude abrir muchos espacios para los temas del activismo, las libertades individuales y los derechos civiles. Después, por una curiosidad académica, me inscribí en el programa *Gran Hermano* en Brasil. Creí que no sería seleccionado, pero, para mi sorpresa, me seleccionaron y, para mi sorpresa, fui el ganador del programa. Un programa de gran audiencia, creo que el de mayor audiencia en todo el mundo. De todos los países que presentan *Gran Hermano*, el de Brasil, en 2005, fue el gran campeón de audiencia. En este país es muy popular el programa, pero yo no soy una celebridad, no quería ser una celebridad instantánea. Yo era activista. Era un político intelectual, ya había publicado mi primer libro y necesitaba poner los caminos de mi vida en una misma dirección, como aprovechar esta fama en favor de lo que hacía antes: el activismo político, el periodismo, el trabajo intelectual.

Yo enseñaba en la universidad cuando ingresé en el programa, y así apareció la idea de entrar en la política institucional, es decir, la candidatura para disputar un cargo en el parlamento. Me postulé por primera vez en 2010 y fui elegido. Así que, gané el *Gran Hermano* en 2005 y fui elegido en 2010. Fueron cinco años de diferencia, ya había pasado mucho tiempo, y mi imagen ya no estaba tan asociada al programa. Yo seguía con mi activismo. Había una revista aquí en Brasil que se llamaba *G Magazine*, una publicación orientada al público LGBTI, principalmente a un público gay masculino. Esta revista agrupaba un conjunto de intelectuales de la comunidad LGBTI: a mí, a João Silvério Trevisan, a Vange Leonel, que es lesbiana, a Rose Marie Muraro... Un grupo de intelectuales que producía un pensamiento sobre la diversidad sexual de género. Entonces, en estos cinco años, hubo un cambio, una disociación de mi imagen, y pude alejarme en 2010 y empecé mi primer mandato como diputado federal, que fue un mandato muy sorprendente para toda la gente porque yo fui el primer gay activista que ingresaba al congreso nacional. Fui elegido justo cuando fue elegida la primera mujer presidenta de Brasil, que fue Dilma Rousseff. Entonces, estábamos aprovechando las conquistas de los gobiernos de Lula, porque él



había gobernado por dos mandatos, y fueron gobiernos muy prósperos económicamente para Brasil. Y, claro, cuando hay una estabilidad económica, las personas son más abiertas a la diferencia, a la novedad, son menos reaccionarias, menos conservadoras. Entonces, la elección de la primera mujer presidenta y del primer gay activista para el congreso nacional fue fruto de esa estabilidad económica que vivimos en los dos gobiernos de Lula.

Yo fui elegido en 2014, Dilma también fue elegida en 2014. Hice esos dos mandatos, que tuvieron una repercusión mundial, no solamente aquí en Latinoamérica, sino en otras partes del mundo. Y también porque yo era un hombre gay que proponía una asociación entre dos agendas que muchas veces no están muy conexas, que son la de la justicia social y la de los derechos individuales. La izquierda tradicional no está muy abierta al tema de los derechos civiles y de las libertades individuales. Se concentra mucho en la justicia social y, por tanto, mis mandatos pretendían unir esas dos agendas. También había una propuesta de una nueva forma de “gobernanza”, un ejercicio nuevo de la representación política, es decir, la democracia representativa de manera más popular y participativa. Había que unir la democracia representativa con la democracia participativa. Entonces, yo propuse desde el principio un comité de personas de diferentes clases sociales, profesiones, géneros, identidades de género, para que acompañaran mi mandato con sugerencias y críticas, y, sobre todo, para que discutieran en qué se usarían los presupuestos cuando estuviese el debate. Esta fue una propuesta muy diferenciada en la democracia representativa, una propuesta de radicalización y profundización de la democracia.

Luego fui electo para un segundo mandato y para un tercer mandato cuando la ola de la extrema derecha ya estaba en subida, ya estaba creciendo en todo el mundo. A partir de 2016, cuando Dilma sufrió el golpe parlamentario contra su gobierno, empezó una campaña que nosotros no entendíamos muy bien. Por “nosotros” no me refiero solo a la izquierda progresista, sino al país de manera general. No entendíamos qué estaba pasando. Y tampoco yo, que era la víctima principal. Empecé a ser víctima de una campaña de difamación en las redes sociales de manera muy brutal, muy violenta. Como no comprendíamos qué pasaba, cómo funcionaba, cómo trabajaban las redes sociales, ni el concepto de algoritmo o *bots*, y como no teníamos esa claridad en aquel momento, la campaña casi me destruyó como persona pública. Incitó comportamientos de odio



y violencia física en mi contra y perduró hasta 2018, año en que Marielle Franco fue asesinada. Entonces, todo ese cambio y ese deterioro del espacio público, de la arena pública, de la esfera pública, esa criminalización de la política y ese odio creciente, me obligaron a un exilio de cuatro años y medio en Europa. Estuve en tres países distintos. Primero estuve en Alemania. Después fui a la Universidad Harvard, por invitación de la propia universidad para ser parte de un programa de profesores invitados. Y, finalmente, cuando hice el concurso para el doctorado en la Universidad de Barcelona, me mudé a España, donde viví hasta mi regreso a Brasil el 30 de junio de 2023.

Micaela Cuesta: A partir de esta caracterización que hacés, y habiendo transcurrido seis años de la victoria de Jair Bolsonaro, ¿cuáles creerías vos que son las causas de esa victoria? ¿Cómo se fragilizaron, si es que se fragilizaron, los imaginarios democráticos desde entonces hasta ahora?

JW: No se puede hablar de lo que pasó en Brasil sin relacionar el contexto brasileño con el contexto mundial. El avivamiento de la extrema derecha empieza de manera más clara con la elección de Donald Trump en 2016, antes de su elección, y con el proceso que se llevó a cabo en el Reino Unido para decidir si seguía o no en la Unión Europea, en la zona del Euro. Y este proceso, que se conoció como Brexit, fue el primer proceso decisorio infectado por la desinformación. Desde entonces, procesos decisorios en todo el mundo empezaron a ser afectados por este fenómeno.

A partir de ahí, nos dimos cuenta de que había un cambio en curso, no solamente en las formas de comunicar o en las nuevas tecnologías de la comunicación y de la información, sino también un cambio —que sigue en curso— en las estructuras cognitivas y en la manera en que se ve el mundo. En este sentido, la extrema derecha logra ventajas muy importantes respecto a nosotros, respecto a la izquierda, porque las plataformas de comunicación favorecen la mentira, favorecen justamente la política de la extrema derecha. Estamos viviendo una crisis climática y una profunda crisis política y geopolítica. Es decir, el mundo está pasando por cambios drásticos que corresponden a la emergencia de nuevos actores políticos, de nuevos *players* internacionales, nuevas potencias, que no siempre están comprometidos con los valores democráticos. Los Estados nación se han enflaquecido ante los Estados plataforma. Las plataformas de



comunicación actúan sobre los Estados nación, les imponen reglas y, salvo una u otra excepción, no obedecen las legislaciones nacionales.

Lo que sucedió en Brasil está dentro de este contexto. Al capital financiero, a las élites mundiales —podemos llamar así a las élites globales que concentran, cada vez más, las riquezas del mundo y la propiedad de los recursos y de los activos públicos— no les interesan los gobiernos socialdemócratas ni socialistas. A estas élites, que son transnacionales, no les importa si estoy en Nueva York, en Tokio, en Brasil o en Buenos Aires. Hay élites globales financieristas, un capitalismo predatorio, a las cuales no les interesan los gobiernos socialdemócratas. Entonces, hay más sabotajes de los procesos decisorios que en gobiernos democráticos, socialdemócratas o, incluso, socialistas. Así pueden lograr vencer en las elecciones. Entonces, lo que pasó en Brasil en 2016 con el golpe contra Dilma fue eso: un ataque deliberado y una alianza inesperada entre las nuevas formas de comunicación y las antiguas. Es decir, los medios de masa, que tradicionalmente son de derecha, encontraron en los medios digitales la pareja perfecta para que estos últimos llevaran a cabo el trabajo más sucio de mentir y difamar abiertamente, sobre todo, porque muchas veces no se puede rastrear ni identificar a los autores. Este anonimato permite la impunidad y una actividad más deletérea, mucho más nociva y mucho más abiertamente “facha”. Desde el gobierno de 2016 hasta ahora, lo que vivimos en Brasil fue el deterioro de la esfera pública y del espacio político, lo que está, de alguna manera, relacionado con el deterioro de la democracia en todo el mundo. Es decir, no es un caso aislado. Lo que pasa ahora en Argentina, por ejemplo, está completamente articulado con este fenómeno.

Estas nuevas tecnologías de la comunicación y de la información son un gran experimento. Estamos todos en un campo de concentración digital, con experimentos que involucran a nuestras estructuras cognitivas y a nuestra forma de percibir el mundo. Yo diría que, en todo el mundo, las personas que adhieren a un discurso de extrema derecha no perciben el mundo real, sino una construcción, una ficción de un mundo que está basada principalmente en la manipulación de los miedos y prejuicios. Una de las conclusiones de mi investigación sobre las *fake news* y el discurso de odio es que no solamente las *fake news* y las teorías conspiratorias, sino todas las formas de desinformación son un virus de la consciencia, como los virus de las computadoras y los virus biológicos. Para enfermar a alguien, tanto los virus de computadora como los biológicos necesitan



combinar su material genético con el de los portadores. Entonces, mediante esta metáfora de la virología, yo diría que la desinformación es un virus de la consciencia que altera la percepción de las personas. Sin embargo, para que el virus actúe, las personas ya deben tener un prejuicio, una falsa certeza y un miedo. Por eso, la extrema derecha logra implantar sus discursos, que son, en general, emocionales. No son discursos racionales, es decir, la desinformación interpela al hemisferio cerebral en el que actúan y se desarrollan las emociones. La desinformación no apela a la razón. No puede hacerlo porque la razón demanda una duda y, si se duda, no se odia. El odio depende de la certeza y de la confirmación de un prejuicio. Entonces, las personas tienen esos prejuicios, y la desinformación los ataca o estimula. Ustedes me podrían preguntar: “¿De qué forma?”. Bueno, estamos bajo lo que la socióloga Shoshana Zuboff llama “capitalismo de la vigilancia” y que otros llaman “capitalismo de la atención” o “capitalismo de plataforma”. Estamos bajo una vigilancia continua y permanente, bajo una extracción ininterrumpida de nuestros datos. Mientras utilizamos estas nuevas tecnologías de la información, estamos hablando de nosotros aunque no queramos. Es decir, cada acceso, cada *like*, cada investigación que hacemos, cada búsqueda en Google, cada uso de la tarjeta de crédito, cada interacción es una información que les damos a las plataformas, que saben más de nosotros que nosotros mismos. Los algoritmos, es decir, un conjunto de comandos matemáticos a partir de los cuales operan las aplicaciones dentro de las plataformas, extraen de nosotros informaciones y, por tanto, es como si las plataformas tuviesen un mapa de nuestra psiquis y de nuestra subjetividad. Esto les permite no solamente seleccionar publicidades de mercancías, sino también promocionar ideas y atacar grupos específicos con determinadas ideas, errores, mentiras y desinformación. Esto es una ventaja muy grande para quienes hoy tienen poder en el mundo, que son las plataformas.

HB: Clarísimo. Vos hablás de transformaciones geopolíticas que van de la mano con un bloqueo del acceso al mundo real desde las redes sociales a quienes las usan. Ahora bien, los dueños de las redes sociales -esa élite mundial a la que hacés referencia- tienen bastante idea del mundo real y de la importancia de los recursos materiales. Por eso te quería preguntar cómo ves específicamente a nuestra región latinoamericana o sudamericana, que, poseyendo gran parte de los recursos fundamentales, incluso para el desarrollo de la infraestructura de



estas propias redes, se encuentra permanentemente atacada por ideologías y discursos de odio. ¿Cómo podrías describir o definir la especificidad de nuestra región?

JW: Todos los países de Latinoamérica y, sobre todo, los del Cono Sur tenemos una historia de colonización: somos países colonizados y explotados por las potencias del norte global. Pertenece a aquello que hoy se llama “sur global”, pero tenemos una particularidad: nuestras élites o clases dominantes son herederas de los colonizadores. Basta mirar los apellidos de esas personas que integran la clase dominante para tener claridad de que son los colonizadores. Nuestras fuerzas armadas y estas élites dominantes nunca trabajaron a nuestro favor, sino que siempre dirigieron un odio hacia nosotros, los mestizos, los que nacemos de esta violencia sexual, de la explotación, de la esclavitud, del exterminio, nosotros, que no tenemos los apellidos nobles. Siempre miraron a Europa y después a Estados Unidos y Canadá como modelos de desarrollo y siempre atendieron a los intereses de esos países en detrimento de los nuestros. Nosotros tenemos esta particularidad en el campo de la comunicación.

La comunicación de masas siempre se quedó en las manos de familias oligárquicas o de grupos que atienden mucho más los intereses del norte global que los nuestros. Somos una región de muchos recursos naturales en un momento de crisis climática y planetaria y de una crisis profunda de un recurso tan básico para la supervivencia humana como el agua. Todos los organismos dependen del agua para vivir, por lo que estamos viviendo una amenaza global. Entonces, apropiarse de estos recursos es muy importante para esos países, y es muy claro que no se apropian de los recursos sin ganarse a las personas, sin manipular la manera en que las personas perciben, sin estimular el odio, que es una energía, una emoción política, para usar la expresión de Martha Nussbaum, una filósofa liberal feminista. El odio es una emoción política muy poderosa y, a lo largo de la historia de la humanidad, fue utilizado muchas veces. En este momento experimentamos el uso programado del odio para dividir y polarizar la sociedad y así permitir la apropiación deshonesto de nuestros recursos.

Esa es la característica de nuestra región, es decir, una vez que el norte global perdió el Gobierno de Brasil con la derrota de Bolsonaro, fue necesario invertir en otro país de peso en Latinoamérica. Entonces, vemos a un psicótico ganar las elecciones de Argentina, y es obvio que solo lo hizo porque las personas fueron

profundamente manipuladas en sus miedos y en sus prejuicios más profundos. Y los prejuicios son falsas certezas, como dije antes. En el odio no cabe la duda, porque si dudás, no odiás con tanta facilidad. El odio demanda una certeza o una falsa certeza. Esta manipulación de las conciencias, esta manera de manipular la percepción viene siendo utilizada por las élites financieras del mundo en una especie de colaboración con las plataformas. Y a veces las dos se confunden. Por ejemplo, la imagen de Elon Musk es la síntesis de la unión de un heredero, es decir, un tipo que, aunque hable de meritocracia, no tiene ningún mérito, porque es un hijo del *apartheid* sudafricano que hereda una fortuna; que tiene secciones del gobierno estadounidense para llevar a cabo sus emprendimientos; que es, al mismo tiempo, un especulador financiero; que es alguien lleno de prejuicios contra nosotros los pobres, los inmigrantes, los árabes, los mestizos, los latinoamericanos, y que está en este momento ayudando a todas las élites financieras y a las clases dominantes de nuestros países, que son una clase dominante fruto de la colonización y, por tanto, de todo lo malo que la colonización implicó, como el racismo y la explotación de mano de obra esclava.

MC: Pensando en esta idea de la desinformación como un virus que ataca la conciencia y que se alimenta de los prejuicios y de los miedos... la estructura que trabajás para definir el prejuicio me queda muy clara. Me gustaría que explicarás un poco más el miedo: ¿miedo y prejuicio van de la mano? ¿Cómo se articulan? ¿De qué están hechos?

JW: Todos tenemos miedo. No hablo solamente del miedo concreto, más cotidiano, de la violencia urbana, por ejemplo, tenemos miedo de ser asesinados y de que asesinen a nuestros hijos —y estamos experimentando un crecimiento de la violencia urbana—. Tenemos este miedo, tenemos miedo al futuro, miedo a la muerte de manera general y, cada vez que no tenemos claridad de cómo será el futuro, nos ponemos ansiosos. Estamos viviendo cambios profundos: el cambio climático, el cambio en las maneras de comunicarnos, estamos bajo un flujo ininterrumpido de comunicación, algo que no pasaba hace dos o tres décadas. Ahora llevamos los teléfonos inteligentes en el bolsillo o en la mochila. Es como si pudiésemos llevar la televisión y no la llevábamos antes porque la televisión era grande, incómoda. Hubo una revolución en la tecnología, los medios han mutado, han sufrido una evolución. Tenemos ahora dispositivos que son muy livianos, que



podemos llevar con nosotros, y estamos bajo un flujo ininterrumpido de comunicación y de información y, por tanto, de desinformación. Y vemos un cambio que muchas veces no comprendemos, por ejemplo, el tema de la transgeneridad y de la transexualidad. Mirar a un hombre con características masculinas embarazado es algo que produce una ansiedad en las personas. Es decir, el mundo como yo lo conozco está desapareciendo y está apareciendo otro nuevo, y no comprendo bien cómo una persona que nace con los órganos femeninos es hombre y después se embaraza. Ahora en las propagandas de las telenovelas veo a dos hombres besándose, y esto provoca en las personas una postura reaccionaria. No es solamente una postura conservadora que dice “deseo conservar el mundo como lo conozco”, sino también una postura reaccionaria a las transformaciones del mundo. Esta reacción es producto del miedo: “¿Qué va a pasar con el mundo? ¿Qué va a pasar con mis nietos, con mis hijos?”. Es decir, yo quiero conservar el mundo y la extrema derecha entra con un discurso fácil, que es uno reaccionario. Su discurso tiene éxito porque es más fácil: es un discurso de la conservación. No es un discurso didáctico que explica que el mundo cambia, que siempre ha cambiado, que todo cambia, que cuando la fotografía apareció, el cine apareció, la radio apareció, eso también provocó una confusión social y desató miedos y ansiedades que llevaron al mundo a una primera guerra mundial y después a una segunda guerra. La extrema derecha trabaja no solamente con la mentira, sino también con las fórmulas fáciles, los eslóganes publicitarios. Entonces, sí, hay miedos concretos. Por ejemplo, a un obrero que trabaja todo un día para comprar un teléfono inteligente a partir de una publicidad un ladrón se lo roba en la calle, entonces el obrero se pone reaccionario, porque para él esto es su vida, ha trabajado mucho y, por tanto, generaliza su experiencia personal con la violencia urbana a toda la gente. Por eso, la extrema derecha trabaja mucho con casos, no tanto con estadísticas. A la extrema derecha le importa la percepción, aunque las estadísticas digan que los números de la violencia urbana han caído. La extrema derecha utiliza la experiencia para negar los hechos, para negar el hecho de que, en términos de cantidad, la violencia ha bajado, de que los programas sociales son inclusivos, de que los programas sociales afectan los números de la violencia. Y va desde ese miedo más concreto hasta el miedo difuso. El miedo difuso produce ansiedad en todos nosotros, incluso en la izquierda, y por eso hay sectores de la izquierda muy reaccionarios a la agenda LGBTI y a la agenda feminista, porque la política feminista implica cuestionar los



privilegios de los hombres, incluso los de la izquierda. Vivimos un momento difícil, porque hay un acuerdo tácito entre los sectores de la población que siempre han gozado de privilegios, y por eso es tan fácil echarnos la culpa a nosotros: a las mujeres, al feminismo, al movimiento LGBTI. Es fácil decir que nosotros somos los culpables de que la extrema derecha esté avanzando, pero no es verdad, no somos culpables, nosotros estamos cambiando el mundo para mejor. Y, claro, la extrema derecha reacciona a los cambios que nosotros proponemos, y nuestros compañeros, los hombres blancos, en vez de apoyarnos, nos acusan, y lo hacen con un argumento muy deshonesto, que dice que nosotros estamos abandonando la gran lucha, que es la lucha de clase. Sin embargo, no es verdad, porque la gente no tiene solamente una identidad de clase. Una persona es un trabajador, pero si es mujer, tiene una identidad de género específica, que es la zona más vulnerable. Si es mujer trans, es más vulnerable que una mujer cis. Si es una mujer trans inmigrante, es más vulnerable que una persona que vive en el país. Es decir, nosotros proponemos una política del siglo XXI que observa las diversas posiciones de los sujetos, las diversas subjetividades que vulneran a un individuo, y tenemos que atacar no solamente la pobreza de esta administración, sino también las otras miserias, porque son más miserables que la miseria material. Eso sobre el miedo.

Los prejuicios son siempre una falsa certeza y los adquirimos a medida que adquirimos la lengua. Aprendemos a hablar, no nacemos hablando. La lengua es un hecho natural cultural, para usar la expresión de Donna Haraway. La lengua está viva, está cambiando, pero adquirimos la lengua y en la medida en que aprendemos la lengua, la aprehendemos, y, con ella, los prejuicios. Lo que va deconstruyendo los prejuicios es la educación formal, el repertorio cultural. A medida que vamos ampliando nuestro repertorio cultural, vamos ampliando nuestro imaginario y nuestra visión del mundo. Por eso, la extrema derecha, cuando llega al poder, ataca los sistemas que amplían el imaginario: el sistema educativo, la universidad, el sistema cultural. Porque, claro, es necesario mantener a la gente en sus falsas certezas. Incluso, las falsas certezas y los prejuicios que ya deberían haber sido superados, como los prejuicios contra la vacuna o aquel según el cual la tierra es plana (no esférica).



MC: Hay algo que decías, y que me pareció muy provocador y sugestivo, acerca de que hay nuevos Estados plataforma y Estados nación que, efectivamente, en alguna medida, quedaron viejos. Ahora bien, estos nuevos estados plataforma: ¿son Estados sin nación? ¿Tienen ejércitos? ¿Cuáles son esos ejércitos? ¿Son Estados sin o con tradiciones y memorias comunes? ¿A qué apelan para configurarse como tales? Entiendo el nivel de la metáfora, pero, profundizando un poco en esa metáfora, ¿con qué leyes gobiernan?, ¿en qué basan su soberanía?

JW: Voy a hacer este ejercicio conjuntamente con vos. Quien habló primero de la idea de “Estado plataforma” fue Pierre Lévy, un filósofo francés que se dedica desde hace cuatro décadas a pensar las nuevas tecnologías. A partir de esta expresión que él utilizó, empecé a profundizar esta idea de que sí, los Estados nación están en crisis, y el renacimiento de los nacionalismos es una forma de reaparición que nace de una crisis del propio Estado nación. Es decir, los países no tienen soberanía frente al capital financiero. Las monedas no se valorizan o se desvalorizan por una política económica de los Estados nación, sino por una política financiera global que, como una nube de insectos, ataca a los países en determinados momentos. Es lógico que ese ataque esté vinculado a momentos en los que algún país intenta construir una política más socialista o socialdemócrata que beneficie a los más pobres o garantice los derechos para los más pobres. Los Estados plataforma no tienen naciones, pero están de alguna manera relacionados con el norte global, es una actualización de un proceso que nosotros ya conocemos, que es la colonización. Es una nueva forma de colonización, no necesitan tener sus propios ejércitos cuando pueden movilizar los ejércitos dentro de los Estados nación, ya sea con traidores de la patria, golpes de estado o golpes militares, ya sea convirtiéndonos a cada uno de nosotros en un soldado del odio. Así, como he dicho antes, la desinformación está dirigida a grupos específicos, porque las plataformas tienen nuestro mapa psíquico, de cómo nosotros pensamos, de cómo actuamos. Por lo tanto, pueden atacar nuestras subjetividades y nos convierten en un soldado.

Pensemos aquí en la película *Matrix*, una distopía cinematográfica de la década de 1990. La idea de que cada persona dentro de la Matrix podría convertirse en un soldado Smith es lo que estamos viviendo hoy. Ya estamos luchando contra robots, esta distopía llegó y en internet luchamos contra robots que atacan



nuestras publicaciones e intentan acosarnos y silenciarnos. Tenemos la conversión de personas en soldados del odio. Entonces, esos Estados plataforma no necesitan ejércitos propios, ya que disponen de ejércitos reales, es decir, de los traidores de la patria, de los militares de alto rango que integran las clases dominantes y que se benefician de un capitalismo financiero y que desean trabajadores sin protecciones legales, sin derechos. Estas plataformas tienen el poder de convertir a cada persona común en un soldado, desde los adolescentes que disparan contra las iglesias o atacan a los colectivos de LGBTI hasta lobos solitarios que perpetran asesinatos brutales. Estos Estados plataforma hoy son un gran desafío para la soberanía de los Estados nación y para nuestra supervivencia y la de quienes queremos un mundo en común. Las plataformas han destruido algo que Hannah Arendt llama un “mundo en común”, es decir, un mundo en el que compartimos determinadas verdades, en el que tenemos un paradigma según el cual esto es un hecho y esto otro es una opinión. Cuando las personas abandonan los hechos y la verdad objetiva para aferrarse a su opinión, se destruye el mundo en común. Entonces, las redes sociales aíslan a las personas en burbujas —a veces, en burbujas individuales— en las que su percepción del mundo no comparte los hechos. Esto es muy grave, porque si destruimos el mundo en común, el mundo del consenso, no tenemos más una sociedad ni un espacio de diálogo. Vivimos una barbarie y, para usar una metáfora de Peter Sloterdijk, el filósofo alemán, tenemos una espuma hecha de muchas burbujas. Nuestro desafío es perforar las burbujas. ¿Cómo perforar las burbujas y ampliar el espacio de diálogo y el mundo en común? Para ello, tenemos que enfrentar al capitalismo de vigilancia y al capitalismo de plataforma. Hay que recuperar la soberanía y poder regular a las plataformas, ponerles límites, exigir transparencia, pedir la privacidad de nuestros datos. Esta es una lucha que estamos trabando ahora. Imaginemos, por ejemplo, cómo los conquistadores en Estados Unidos no tenían ley, por tanto, hacían sus propias leyes matando a los indígenas. Es como si estuviéramos viviendo un Viejo Oeste, un *Far West*. La vida social está en un momento de *Far West*. Tenemos que crear reglas y, para eso, dependemos de una lucha de base que va nos va a exigir retomar el contacto con las antiguas prácticas de convivencia y, por tanto, disputar el poder y el espacio de la representación para, de alguna manera, poner algunos límites a los medios sociales y a las plataformas. No sé si vamos a lograrlo, porque, como he dicho, estamos viviendo todo simultáneamente.



Estamos viviendo un apocalipsis del mundo como lo conocíamos, y este mundo está en disputa. O bien cedemos a la distopía y aceptamos que es así, o bien disputamos el mundo desde la unión de las fuerzas, desde abajo, en la base de la pirámide, con los pueblos indígenas, que tienen un saber fundamental para la protección de las reservas forestales, sobre todo, de los bosques tropicales que regulan el clima del planeta. Tenemos que unir a los trabajadores contra la precarización, contra la “uberización” del trabajo, es decir, el modelo de Uber. Tenemos que unir a las minorías sexuales y a las mujeres contra este avance de la extrema derecha sobre los derechos reproductivos. Tenemos que crear un discurso común, recuperar este mundo en común, al menos para nosotros.

Yo veo que nosotros también estamos afectados por la desinformación y por la división. Muchas veces utilizamos nuestra energía contra nosotros mismos. Por ejemplo, este tema de las mujeres feministas contra las mujeres trans es gravísimo, porque les da fuerza a nuestros enemigos. Las personas que niegan la existencia de las mujeres trans son las mismas que estaban en contra de la píldora anticonceptiva que liberaría la sexualidad femenina. Es decir, están en contra de la ciencia y de los cambios culturales. Los cambios culturales existieron siempre: las mujeres no usaban pantalones y pasaron a usar pantalones y fueron llamadas “putas” y otras cosas. Es decir, impedir los cambios culturales y este binomio naturaleza-cultura y utilizar argumentos meramente “naturales” para defender una cierta idea de ser mujer es un equívoco, porque estamos en este binomio naturaleza-cultura desde siempre, y tenemos que comprender que este es el cambio que está en curso y que tanto afecta a la gente. La extrema derecha lo utiliza no para afirmar estos cambios, sino para negarlos y volver a la gente reacia hacia ellos.

HB: Tomo algo que decías en relación con los desafíos a los que nos enfrentan estas formas políticas de las últimas dos décadas, que están atravesadas por la digitalidad y por la reconcentración de poder en pocos centros del norte global. ¿Qué estrategia se puede tomar para contrarrestar estos procesos de tanta concentración? ¿Se te ocurren iniciativas factibles, viables, que puedan ayudarnos a neutralizar la penetración tan fuerte de los discursos de odio o, incluso, a pensar posibilidades de procesos tendencialmente emancipatorios?



JW: Yo soy la prueba de que se puede sobrevivir a la ola de odio, porque el odio ha producido heridas muy profundas en mí. A mí me dio una depresión mientras estaba en el exilio obligado. Esta forma de violencia política se ha multiplicado y ha sido perpetrada contra activistas de derechos humanos, contra mujeres feministas, contra activistas LGBTI, contra quienes queremos controlar el calentamiento global. Ha sido una violencia desde arriba hacia abajo, es decir, una violencia desde la punta de la pirámide social contra los de abajo y contra sus representantes. La supervivencia depende de la solidaridad entre nosotros. Si hay una internacional fascista en ese momento, nunca necesitamos tanto una internacional progresista, nunca necesitamos tanto alianzas entre nosotros y entre los países para intercambiar experiencias de cómo protegernos dentro de las redes y en las calles, porque no podemos ser tecnófobos en ese momento. Tenemos que apoderarnos de la tecnología. Sabemos que estamos bajo un capitalismo de vigilancia, pero cómo actuar en este capitalismo sin dar tantas informaciones sobre nosotros y, al mismo tiempo, utilizar esta herramienta a favor nuestro es un desafío muy grande, aunque creo que es posible lograrlo.

El arte tiene un papel muy importante. Cuando yo estaba bajo la violencia más brutal, decidí que cambiaría mi discurso en las redes, que recuperaría algo de mí, de mi humanidad. Esto era necesario para que la gente no me mirase con la mirada de la mentira, con la percepción cambiada por la mentira. Tenía que recuperar mi humanidad mediante otra forma narrativa que tocara a la gente y, al mismo tiempo, que estimulase otra forma de pensamiento. Entonces, el arte fue una especie de resurrección personal para mí y, al mismo tiempo, otra forma de estar en las redes sociales. Claro que no toda la gente tiene, por ejemplo, la habilidad que tengo yo para los dibujos y la pintura, pero si creamos una red de solidaridad y podemos retirar a un activista por un tiempo de las redes para ayudarlo. Pero, para eso, necesitamos estar articulados en asociaciones que nos pongan en contacto unos con otros y nos permitan compartir nuestras experiencias. Cuando llegué a Barcelona, estaba pasando con Pablo Iglesias lo que había pasado conmigo, y yo me ofrecí muchas veces para decirle: "Mirá, yo sé lo que está pasando con vos, yo he vivido eso, y puedo decirte algo que te va a ayudar en este proceso". Pero él estaba tan encerrado en sí mismo que no escuchó. Entonces, esta actitud de humildad también es importante entre nosotros, y, tal vez, si él me escuchaba a mí, que venía de su futuro... Porque yo había vivido algo que en España estaba empezando, pero que yo ya había vivido



en Brasil, por lo que tenía algo para decir. Ada Colau me escuchó, por ejemplo, pero él no. Entonces, esta actitud da a entender que nosotros estamos en temporalidades distintas de este proceso de fascistización del mundo, de un giro hacia la extrema derecha, y es importante que creemos lazos de solidaridad mundiales. La extrema derecha está articulada en una gran internacional fascista. Ante eso, tenemos que crear una gran internacional progresista que se ajuste a la lucha contra el apocalipsis climático, a la lucha por una revalorización de la política —porque la política está criminalizada y la criminalización de la política solo favorece a estafadores y a mentirosos como Milei, que se dicen de fuera de la política—, a la lucha por una época de género, es decir, por una participación mucho mayor de las mujeres en los procesos decisorios y en la toma de poder. Y —puede ser un poco polémico, pero tenemos que decirlo— claro que hay mujeres fachas, pero las mujeres, aunque sean de derecha, creo que tienen —por todo lo que el patriarcado y la dominación masculina hicieron en relación con ellas y por ese lugar en el que la dominación masculina las puso— una ética de cuidado que los hombres no tienen. Entonces, el aumento de la participación femenina en la política es mejor para todos. La diversidad étnica y la diversidad sexual también son buenas para todos. Tenemos que hacer una internacional que priorice menos nuestras diferencias, nuestros narcisismos de las pequeñas diferencias, y mucho más lo que nos une. Cuando veo que atacan a un activista producto de la desinformación y de la mentira y veo desesperación de esa persona, tengo ganas de decir: “Mirá, he pasado por eso, vos podés sobrevivir... vamos a articular una manera de protegerte”. Y, quizás, que salga un poco de las redes, que permanezca un poco alejado, mientras asumimos su lucha.

MC: Dado que venís del futuro y nosotros estamos atravesando nuestro primer trimestre de la muerte, del terror, con un presidente que no solo agencia discursos de odio, sino que tiene una fábrica y los utiliza en su favor y los fortalece, ¿cómo podemos resistir?, ¿cómo resistieron ustedes? Vos la pasaste horrible porque te tuviste que exiliar, pero ¿hay algún espacio que haga más fecunda la resistencia? Dado que nosotros mismos estamos muy afectados por esto que decís, por narcisismos de las pequeñas diferencias, por cierto enceguecimiento, por la imposibilidad de la escucha, la falta de tiempo, etcétera, ¿qué consejos nos das para sobrevivir en la cotidianeidad?



JW: Sí, es posible. Estamos ahora en un momento “larva”. La extrema derecha y su barro y su lodo y su cera nos ponen dentro de un capullo. Estamos en ese punto de la larva, pero la larva también es vida. Yo creo mucho en la micropolítica o en la microfísica del poder, en las acciones puntuales. Primero tenemos que recuperar el ejercicio de la paciencia. No podemos dejarnos afectar por la impaciencia. Tenemos que ser didácticos, hablar con la gente y tener paciencia. No podemos abandonar el espacio digital, no podemos creer que la multiplicación de ofensas y discurso de odio corresponde a la verdad, no. Hay actuación de *bots*. Existen los ataques organizados, y esos ataques organizados quieren producir una espiral de silencio. No podemos tomar eso como personal. Si para eso es necesario alejarse un poco, hay que alejarse. Si uno está afectado emocionalmente o si su salud mental está afectada, hay que alejarse un tiempo, para que, mientras, otros que están más estables sigan la lucha. No hay que desperdiciar las oportunidades de negar la mentira, de estimular la duda. Y lo más importante: en este momento, hay que dejar nuestras diferencias de lado. No es hora de pensar si tenemos razón, cuáles fueron nuestros errores... ahora hay una amenaza común contra la democracia, contra la diversidad, y es muy grave. En Brasil más o menos hicimos eso. Dejamos nuestras diferencias de lado para actuar en lo que podía funcionar, y lo que podía funcionar era Lula. Entonces, aunque teníamos muchas críticas hacia él, era Lula, entonces debía ser él, y si él tenía más chances de enfrentar, teníamos que unirnos, aun si en el pasado habíamos hablado mal de Lula. No importa, ahora tenemos un enemigo en común, más poderoso, más terrible, que nos amenaza a todos. Entonces, es una combinación de la actitud individual de alejarse cuando la salud mental está afectada y de actuar en las bases. En Barcelona hicimos ese trabajo de base con la comunidad brasileña, que fue muy importante. Hacíamos comidas e invitábamos a la comunidad brasileña que había votado a Bolsonaro en 2018 y que tenía prejuicios en relación al Partido de los Trabajadores (PT) y que llamaba a Lula “ladroón”. Y nos pusimos a disposición de estas personas para escucharlas. Después, hicimos un trabajo didáctico de deconstruir, porque las redes sociales producen algo que en mi tesis de doctorado yo llamo “subjetividad de secta”. Cuando uno está bajo una secta, no llega a la realidad, pero, cuando sale, sale del todo y mira las estupideces que fue capaz de producir mientras estaba bajo la secta. Entonces, trabajar contra esas actividades de secta exige delicadeza, paciencia y escucha.



HB: Muchas gracias, Jean. Nos das una esperanza para la defensa de la democracia en los próximos años.

JW: Si la democracia es defendida en Argentina, es defendida en todo el mundo. Si es defendida en España, es defendida en todo el mundo. Si es defendida en Brasil, es defendida en todo el mundo. Tenemos que comprender eso y que estamos en temporalidades distintas, que es algo típico de esta contemporaneidad muy loca que estamos viviendo. Muchas gracias a ustedes.